

■ *César~Javier Palacios Palomar* ■



a la sombra del árbol

Las relaciones del hombre con la naturaleza han quedado a menudo simbolizadas en la figura del árbol como fuente de vida, fertilidad, alimento, calor, cobijo y remedio contra las enfermedades. Determinados ejemplares, grupos e incluso ciertas especies en concreto, tienen además especial relieve por estar ligados a hitos integrados en la historia y la cultura de los pueblos. El roble de Gernika, el ciprés de Silos y el drago de Icod de los Vinos serían los ejemplos españoles más famosos, pero hay muchos más.

Restos supervivientes de una antigua dendrolatría, todavía hoy se conserva un gran número de tradiciones, leyendas y mitos directamente ligados con este culto atávico a los árboles. Incluso en casos excepcionales, siguen en pie algunos de estos simbólicos ejemplares multicentenarios, individualizados con su nombre propio, con su historia. Legendarios seres vivos, tan históricos o más que un monumento, pero carentes en su mayor parte de protección legal, expuestos por ello al peligro de que un hacha irresponsable, el fuego o una enfermedad nos los puedan arrebatarnos.

César~Javier Palacios Palomar

Es licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y doctor en Historia del Arte por la Universidad de La Laguna. En los últimos diez años ha desarrollado una intensa actividad profesional como periodista medioambiental en los periódicos nacionales Diario 16, El Sol y Claro, y como redactor jefe en Diario 16 de Burgos. Entre 1997 y 1998 fue responsable de la sección “Árboles con historia” del suplemento El País Semanal, una colección de reportajes sobre las historias y leyendas de los árboles singulares españoles. Sobre este mismo tema y centrado en la provincia de Burgos es autor de un estudio que próximamente será publicado. Participa en el proyecto dirigido por el profesor José Manuel Pedrosa (Universidad de Alcalá de Henares) sobre tradición oral y supersticiones en España.

Actualmente forma parte de un equipo de la “Estación Biológica de Doñana” del CSIC, dedicado a evitar la extinción de la única especie de buitre existente en las Islas Canarias.

INTRODUCCIÓN

Ya Plinio afirmó acertadamente cómo la sombra de un árbol fue el primer templo del hombre. En su época cada especie arbórea estaba consagrada a un dios: la encina a Júpiter, el olivo a Minerva, el chopo a Hércules, el laurel a Apolo, el ciprés a Plutón... Los cultos animistas siempre tuvieron a los árboles como seres sobrenaturales, morada de espíritus de la vegetación y de la fecundidad, y algo de ello ha quedado todavía hoy conservado en nuestro acervo cultural.

Entre las diferentes manifestaciones folclóricas relacionadas con esta dendrolatría, sin duda la más extendida por toda Europa es la que en Castilla y León se conoce como “pingar el mayo” o el “palo mayo”, fiesta celebrada cada primero de ese mes y que conmemora la llegada del periodo estival¹. Los jóvenes de la localidad, normalmente los quintos, salen fuera del pueblo en busca de un gran árbol, el más alto de todos, lo talan y lo trasladan a hombros hasta la plaza del pueblo o frente a la iglesia. Tradición iniciática relacionada con el paso de la adolescencia a la madurez de los hombres nacidos en una misma época, el hecho de “plantarlo” en un lugar destacado y con la única ayuda de sus propias fuerzas y su ingenio, ante la atenta mirada del vecindario y, sobre todo, de las chicas jóvenes y solteras, tiene igualmente claras connotaciones fálicas y sociales. Pero también se relaciona con un antiguo culto primaveral, con el que se pretendía atraer con ese árbol parte de la divinidad vegetal, en la creencia de que su presencia propiciaría la prosperidad de las cosechas y de los ganados, así como la fecundidad de las mujeres. En la comunidad

castellano leonesa esta tradición está muy extendida: La Maragatería y pueblos de la montaña leonesa, la Alta Sanabria zamorana, la salmatina comarca de La Armuña, pueblos cercanos a Íscar (Valladolid) y a Fuentepe layo (Segovia), norte de Palencia y especialmente en la comarca de Pinares (Burgos y Soria). En la Ribera del Duero el pino es normalmente sustituido por un chopo².

Evolución de este culto debe considerarse el juego de la cucaña, representación simbólica del mítico árbol de la abundancia; basta trepar un poco para coger un jamón, unos chorizos o algo de dinero.

En la comarca italiana de Toscana, “appicare il maio ad una porta” es un dicho popular que significa conquistar a una mujer y hacerle el amor. Allí el primero de mayo se festeja el “Calendimaggio”, una fiesta para celebrar la llegada de la primavera³. Las católicas “flores de mayo” serían también, y en cierta manera, una variación de estas fiestas primaverales en las que se homenajea a la Madre Tierra y se despide al invierno. La fiesta de la Cruz de Mayo (la Invención de la Santa Cruz, el día 3), igualmente se celebra en muchos sitios de España levantando pequeños altares floridos y adornando las cruces, existiendo un claro paralelismo entre este homenaje al madero y un antiguo culto a los árboles que la cruz representa.

Pero la intención de este trabajo no es la de hablar tan sólo de los cultos y costumbres que tienen al árbol como personaje principal, aunque no especificado. Pretendemos centrarnos en los árboles con nombre propio, en esos seres vegetales que, por una u otra razón, se han diferenciado del resto de

sus congéneres, han salido del anonimato y, lo que es más importante, siguen tan vivos como las tradiciones nacidas a su sombra. Los hay en todo el mundo: el olivo de Getsemaní, el árbol de la Virgen de Matariyá (Egipto), la ceiba de Colón, el ciprés de la Noche Triste de Hernán Cortés, el castaño de los 100 jinetes del Etna, la higuera de Buda, el laurel de Virgilio, el manzano de Newton, el olmo de Washington, el olivo de Platón. Ejemplares siempre centenarios, algunas veces con más de mil años sobre sus ramas, testigos muchos de ellos de importantes acontecimientos históricos, pero que en la mayor parte de los casos carecen de protección legal a pesar de coincidir en ellos un doble valor, el natural y el etnográfico.



EL ROBLE DE *GERNIKA* Y OTROS ÁRBOLES CONCEJO

El roble de *Gernika* no es el árbol más viejo de España, pero sí el más histórico y conocido de todos. Símbolo por antonomasia del

pueblo vasco, quiso la suerte, más que un hipotético escrúpulo de la Legión Cóndor alemana, salvarlo de una destrucción segura durante el bombardeo de la villa el 26 de abril de 1937. Tenía entonces 77 años de edad y una envidiable salud. No como ahora, que con sus 140 primaveras arrastra una penosa enfermedad que a punto ha estado de poner fin a su vida. Viendo hoy al roble podado, sin apenas hojas, con varios tubos incrustados en sus raíces como catéteres medicinales por donde recibe oxígeno y abono extra, da lástima. Lo más probable es que todavía pueda vivir muchos años más debido a su relativamente joven edad. Pero como si de un rey se tratara, ya está elegido su sucesor ante un hipotético deceso. Se le conoce como "El Retoño", tiene 35 años y fue plantado muy cerca de su progenitor cuando todavía era un pimpollo de 17 años, aunque cuando herede la corona no ocupará el lugar central del actual, sino que se mantendrá detrás de la tribuna donde se sentaban históricamente los señores de Vizcaya, por otra parte su localización original.

En el otro extremo del jardín de la Casa de Juntas de *Gernika* se yergue amortajado, rodeado de columnas de piedra a modo de mausoleo neoclásico, el *Aretx Zaharra* o "Árbol viejo", muerto en 1892 después de más de tres siglos de fructífera existencia. Fue éste el roble de quien el poeta Tirso de Molina dijo no había dado nunca sombra "ni a confesos ni a traidores", en unas encendidas octavas reales dedicadas al símbolo vasco; el mismo ensalzado por Rousseau y al que presentaron sus armas las tropas invasoras de los revolucionarios franceses en

1794 por considerarlo el padre de todos los árboles de la libertad plantados en las plazas de Francia, coronándose después las cabezas con sus hojas; al que Víctor Hugo llamó “rey de los hombres libres” y bajo el que los representantes de los diferentes monarcas españoles juraron respetar los Fueros vizcaínos desde el siglo XVI, condición indispensable para acceder al título de señores de Vizcaya. Algunos incluso fueron más lejos al considerarlo de origen divino. Así, en el ya casi mítico himno escrito por el compositor guipuzcoano José María Iparraguirre en 1853, el *Gernikako Arbola*, se afirma que hace 1.000 años “Dios plantó el árbol santo, adorado y bendito por todos los vascos”.

El roble de *Gernika* no es en sí un árbol histórico, sino un linaje. Antes del actual hubo otros ejemplares en el mismo lugar, herederos a su vez de otros antepasados suyos cuyo remoto origen se pierde en la Edad Media, mantenedores de una curiosa simbología legal. Como señaló en uno de sus libros el investigador Julio Caro Baroja, sólo después de jurar “so [bajo] el árbol” de *Gernika* se era señor de Vizcaya, sólo legislando bajo él se hacía ley y sólo convocando a su sombra un vizcaíno podía ser condenado o absuelto de forma legal. De esta forma, *Gernika* fue durante siglos el lugar de reunión de los pueblos de Vizcaya, pues bajo el histórico roble se celebraban las Juntas Generales por las que se regían todos sus habitantes de acuerdo con una norma consuetudinaria basada en el uso y la costumbre, en principio no escrita –conocida como los Fueros–, considerada por algunos como uno de los primeros sistemas políticos democráticos

de Europa. Tras la abolición de este sistema foral en 1876, no recuperado hasta 1979, el árbol pasó a ser tenido como símbolo vivo de las libertades tradicionales del pueblo vasco. De esta forma, en el museo instalado junto a la Sala de Plenos, donde los 51 representantes del Parlamento de Vizcaya se reúnen al menos dos veces al mes, se explica cómo el significado de este árbol:

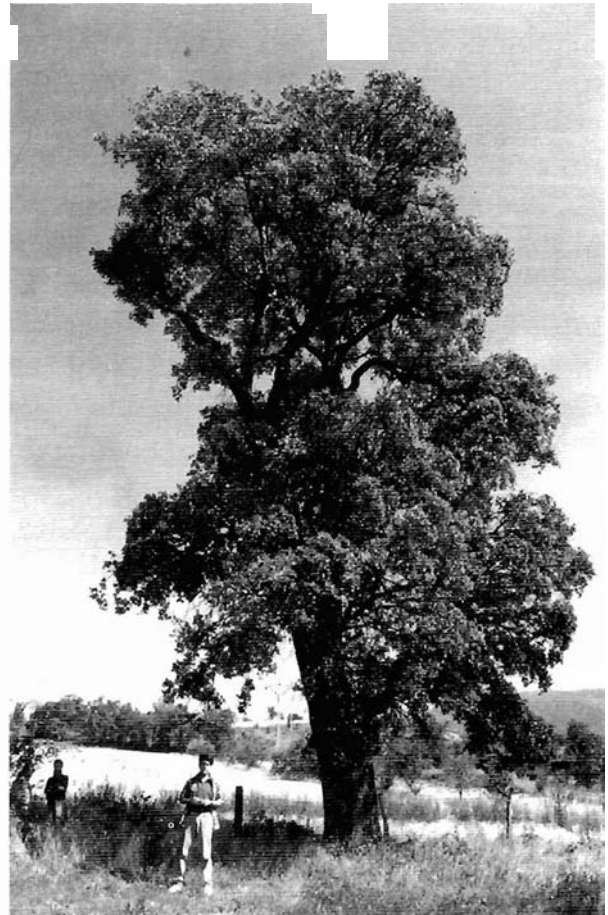
“...se va perpetuando a través de los sucesivos ejemplares de robles, como el alma de Euskal Herria se va transmitiendo a través de las generaciones.”

Sin embargo, no es el de *Gernika* el único árbol de estas características que ha existido en España. La presencia de árboles semi-sagrados con significado jurídico y político estuvo muy extendida por toda Europa. En el caso del País Vasco, Caro Baroja añade al famoso roble de *Gernika* una amplia lista de este tipo de árboles, tales como el de Arechalaga –entrada al señorío de Vizcaya–, el de Lujaondo o árbol Malato –límite de Vizcaya hacia Orduña–, el de Guerediaga –sede de las Juntas del Duranguesado–, el de Avellaneda –para las Encartaciones–, el de Larrazábal –en el valle de Orozco– y el de Barajuen –en el valle de Aramayona–. En el País Vasco francés se encontraba el roble de Ustariz, pero mucho más famoso es el roble de Vincennes donde, según la tradición, el rey San Luis administraba justicia después de oír misa, o el gran roble secular de los Pinon de Auvernia⁴. La Merindad de Marquina celebraba sus Juntas al pie del árbol de Sagastiguren, y la Corte de Licharre bajo un nogal⁵.

Dentro de esta tradición nórdica de árboles concejo o municipales, en Cantabria hay constancia de la existencia de cinco robles y encinas, así como dos nogales y un olmo. Las burgalesas Merindades de la histórica Castilla la Vieja, geográficamente vecinas a las vizcaínas y alavesas, tampoco fueron una excepción. De hecho, las Juntas Generales de las Siete Merindades, donde se reunían los representantes de todas ellas para acordar asuntos generales, situadas competencialmente por encima de los tratados por las Juntas Particulares de cada agrupación, se hacían históricamente bajo un gran moral localizado en Miñón, pequeño pueblo cercano a Medina de Pomar⁶. En Vizcaínos, hasta hace pocos años el pueblo era convocado en “concejo abierto” a la sombra de una gran olma, hoy seca por la grafiosis.

La encina de Quecedo es seguramente el último representante vivo de esos “árboles concejo” castellano leoneses. El profesor Manuel Guerra considera a este ejemplar resto de un rito sagrado prerromano, de previsible origen celta, que la habría señalado e individualizado del resto debido a su estratégica situación, en el centro geográfico del histórico Valle de Valdivielso, a medio camino entre las localidades de Quecedo y Arroyo. Eje, si no del mundo como ocurría con otros árboles sagrados, sí por lo menos de esa región. De esta forma, sería un símbolo del sostén del mundo, nexo de unión entre la tierra –los infiernos–, el hombre y el cielo –el Paraíso–. En su opinión, siglos después este culto fue municipalizado por los repobladores cristianos, quienes elegirán la encina para celebrar a su sombra las Juntas

Generales de la Merindad⁷. Su alejamiento de cualquier población ofrecía igualmente una confidencialidad añadida muy de agradecer. Con la gestación, a partir del siglo IX, del primitivo sistema político administrativo castellano en estas tierras norteñas conocidas como Las Merindades castellanas, cada entidad conservará una relativa independencia gracias a diferentes fueros, durante mucho tiempo apoyados en la tradición y, a partir del siglo XVI, trasladados a leyes escritas. Hasta que en el siglo XIX desaparezca este sistema, Valdivielso mantendrá sus reuniones junto a la centenaria encina de Quecedo, nombre que, precisamente, hace referencia a



sus encinas (del latín *Quercus*, encina), y de las que todavía hay recuerdo entre sus habitantes de mayor edad.

Otro interesante caso burgalés fue el de la desaparecida encina sagrada de Sotoscueva. Durante muchos siglos, y al menos hasta el XVII, este monumental árbol fue testigo de los acuerdos tomados para el mejor gobierno del valle. En 1616 se creó el archivo de la Merindad, donde se empezó a levantar acta de todas las reuniones y a registrar los diferentes acuerdos, ya que hasta entonces nada quedaba escrito, por innecesario, al tenerse como testigo indiscutible y perpetuo al gran árbol⁸. Hacia 1650 se trasladaron los plenos a las inmediaciones de la ermita, en una sala rupestre habilitada al efecto y conocida todavía hoy como “la Sala del Concejo”. En la actualidad, y desde 1924, las reuniones son en Cornejo, actual capital de la Merindad, convertido en municipio en 1835 por un decreto de Isabel II.

Como ya hemos explicado en el caso de la encina de Quecedo, estos lugares de reunión fueron siempre respetados por los regidores de las Merindades, fieles a ancestrales costumbres de origen pagano: las reuniones vecinales o tribales celebradas en torno a árboles dotados de sacralidad, o lugares sagrados como cementerios o iglesias⁹. Una tradición oral, recogida por nosotros en la vecina localidad de Cueva, afirma que, aunque ya no tuviera carácter administrativo, todavía en el siglo XVIII los habitantes de la zona sentían una gran veneración por esta encina. La fama llegó a oídos del entonces arzobispo de Burgos, quien considerando tal culto como un resto de paganismo demoníaco, ordenó que

fuese cortada, quemada por completo y dispersadas sus cenizas por el campo.

Como antecedente más lejano de este tipo de árboles, Ángel de los Ríos ya recordó hace más de un siglo cómo también los aqueos celebraban sus juntas al pie de una gran encina, árbol que igualmente consideraban sagrado, situada en el *prætorium* de Algidus. Y dada esta sacralidad, los pactos hechos bajo ella se consideraban, al igual que los acuerdos administrativos, inviolables¹⁰.

EL CIPRÉS DE SILOS

Los árboles siguen manteniendo entre nosotros una fuerte carga de espiritualidad, herencia remota de antiguas épocas en que se los consideraba templo de los dioses e incluso dioses en sí mismos; no todos los ejemplares, eso es cierto, pero sí algunos. Árboles individualizados del resto y ensalzados tanto por poetas como por pensadores y hasta teólogos. De todos ellos, el más famoso entre la cultura occidental es, sin lugar a dudas, el ciprés de Silos.

Hoy ya nadie puede imaginarse el claustro románico del viejo cenobio benedictino burgalés, cuna del castellano, sin la silueta espiritual y poética del “enhiesto surtidor de sombra y sueño”, al que Gerardo Diego dedicara uno de sus más bellos sonetos. Ocurrió el 4 de julio de 1924, cuando el escritor cántabro llegó en el viejo automóvil Ford de su amigo Mariano Granados para pasar una noche en la hospedería monacal. Al despedirse dejó escrito en el libro de visitas, y

como sentida dedicatoria, el famoso poema que esa misma noche había compuesto en su celda. Durante mucho tiempo no existió más copia que este original. Años más tarde volverá al monasterio y compondrá un nuevo soneto menos conocido, “Primavera en Silos”, completando en 1936 su trilogía silense con otro poema, titulado esta vez “Ausente”. Desde entonces son decenas los poetas que se han inspirado en árbol y claustro, incluido Miguel Unamuno y Antonio Machado, hasta justificar hace unos años la publicación de un libro monotemático titulado *El ciprés de los poetas. Silos, mil años de lengua castellana*¹¹, editado por el monje silense Norberto Núñez.

Sin embargo, muy pocos saben que en esa época el ciprés tenía tres hermanos olvidados, plantados uno en cada esquina del claustro. Cuando llegó Gerardo Diego dos habían sido recortados en forma de pequeños conos, y el tercero “se había quedado muy chiquito y desparramado”, recuerda el abad, uno de los mejores conocedores de esta historia pues lleva en el monasterio 40 años, desde los 13. Pronto los cipreses más pequeños desaparecieron. Sólo ha sobrevivido el situado en la zona con más luz. Y tampoco es demasiado viejo, pues fue plantado por los monjes franceses que restauraron el cenobio en 1880, abandonado tras la Desamortización de Mendizábal en 1835. Resulta por tanto paradójico que el gran emblema vegetal de la literatura castellana sea francés y apenas supere el siglo de edad.

Especie tradicionalmente considerada como el árbol de la muerte, el árbol de los cementerios, incluso se dice en algunas zonas de

España que si se parte por la mitad una de sus semillas se ve la silueta de una calavera. El ciprés es efectivamente símbolo de muerte, pero también de vida eterna. Su madera, delicadamente perfumada, nunca se pudre, sus hojas no se caen en invierno y es un árbol muy longevo, milenario, casi inmortal. Por otra parte, muchos cuentos orientales lo comparan con un hombre enamorado, mientras la novia sería una flor perfumada. En Roma, según Plinio, se plantaba un ciprés cuando nacía una niña, con lo que así se le deseaba un marido. La flecha del arco de Eros y el cetro de Júpiter, dos claros símbolos fálicos, estaban igualmente hechos en madera de ciprés.

LA TUMBA DE PLATERO

Otro árbol tan literario como el ciprés de Silos es el que, en su magistral libro *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez soñó como entierro muy especial para su querida mascota:

“Tú, si te mueres antes que yo, no irás, Platero mío, en el carrillo del pregonero, a la marisma inmensa, ni al barranco del camino de los montes, como los otros pobres burros, como los caballos y los perros que no tienen quien los quiera. [...] Vive tranquilo, Platero. Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña, que a ti tanto te gusta.”

Y allí sigue el árbol, en la solitaria casa de campo, a cuatro kilómetros de su Moguer natal, donde el escritor pasó melancólicas temporadas de descanso e inspiración poética entre pinos, alcornoques, jaguarzos y

palmitos. La casa de Fuente Piña fue adquirida hacia 1900 por los padres del futuro premio Nobel de Literatura, de acomodada posición económica, en un intento por ayudarle a superar la depresión en la que con apenas 20 años estaba sumido. Nada ha cambiado desde entonces. La sencilla edificación de amplio pórtico abierto al pinar, todavía hoy rodeada por los mismos setos de geranios que tanto le embrujaran, sufre de abandono, pero mantiene su misterio. Y a un lado el gran pino, como un inmenso parasol de protectora sombra, cuyas raíces se hunden profundas en el arenoso terreno. ¿Estará bajo él la tumba del suave animal?

Todos los especialistas coinciden en que Platero fue un animal imaginario y, por lo tanto, inexistente. Una idea no compartida por Pepe Quintero, guía desde hace 40 años de la

casa museo de Juan Ramón en la localidad onubense, y que conoció personalmente al escritor:

“Por supuesto, nosotros pensamos que es cierto, que bajo ese pino está enterrado Platero.”

Sorprendentemente, Luis de Prada, director de la Fundación Juan Ramón Jiménez, corrobora esta creencia:

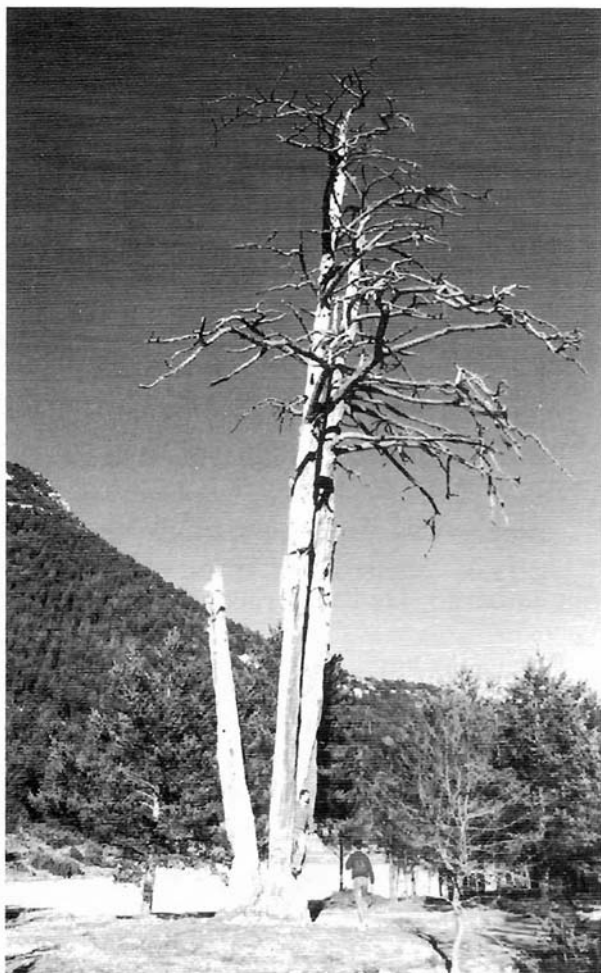
“Platero es un nombre genérico, un burro de color gris plata, pero es probable que alguno de los varios plateros, de los borricos que desde niño tuvo Juan Ramón, esté enterrado allí.”

Sin embargo, De Prada reconoce que:

“...nunca se nos ha pasado por la cabeza excavar en la zona para comprobarlo.”

Ni es necesario.





EL PINO DE CATALUÑA

Otro árbol histórico es el *Pi de les tres branques* (“el pino de los tres troncos”). Cuenta la leyenda que bajo sus ramas durmió de niño quien luego llegaría a ser Jaime I el Conquistador, y allí soñó que iba a ser monarca de un gran reino. Parecía decírselo el propio pino: tres grandes ramas unidas en un fuerte tronco común. Los tres países catalanes –el Principado, el País Valenciano y Baleares–, unidos por una misma corona y una misma lengua. Ante su contemplación,

el poeta Jacinto Verdaguer no dudará en dedicarle un encendido poema donde le denominará “árbol sagrado de la patria”. En 1901 el propietario se lo cedió a la Unió Catalanista, cuyos miembros ya antes habían comenzado a acudir cada 25 de julio, festividad de San Jaime, a reivindicar junto a él su catalanismo. Hace 80 años se secó. Pero el símbolo, aunque esquelético, se mantiene aún en pie, y junto a él se sigue convocando cada año una bulliciosa fiesta nacionalista.

EL DRAGO DE ICOD DE LOS VINOS

A pesar de su fama y de los miles de turistas que diariamente contemplan este gigantesco árbol canario, es sin embargo un ejemplar huérfano en historias. Por carecer, carece hasta de nombre propio. La razón quizás esté en lo que Anastasio González oyó decir a su madre, y ésta a la suya: “El de Icod es el padre de todos los dragos de Canarias”. Desde los 17 años, y ahora tendrá 53, Anastasio ha sido el jardinero mayor de la localidad, pero su experiencia laboral no le ha hecho cambiar de idea. Son más fuertes las tradiciones, oídas a la sombra del drago mágico, pues nació en una casa muy cerca de él. Su hermano Jerónimo González incluso recuerda haber visto a curanderos al pie del árbol “que traían niños y les dibujaban la huella del pie sobre el tronco”, pero desconoce la finalidad de tales ceremonias. Ahora los turistas, menos pragmáticos, le tiran monedas esperando que con ello mejore su suerte, y hasta alguno se ha llevado algún

trozo como recuerdo a casa. Pero para los canarios es mucho más, símbolo mismo del archipiélago, pues, casualidad o fetichismo, de su tronco nacen siete vigorosas ramas, una por cada isla. A su alrededor los indígenas convocaban su asamblea o “Tagoror”, y hasta hace muy poco los icodenses han celebrado las fiestas patronales del Cristo, no por casualidad la exaltación por antonomasia del madero sagrado, al pie de un árbol también sagrado. Este ejemplar siempre ha sido muy famoso, tanto que el Gobierno español lo protegió con la misma ley que señaló a Covadonga como el primer Parque Nacional del Estado, en 1917.

Su tronco parece la piel rugosa de una culebra y su copa numerosas cabezas. Es como un gigantesco dragón antediluviano, retorcido, amenazador, gallardo. Y está vivo. Si se le pincha o hiere en seguida mana una sangre roja, intensa, medicinal. Muchos han buscado esa savia milagrosa, guanches y conquistadores, pero ya antes romanos y fenicios. De ahí que se le considere ejemplo directamente inspirador del dragón de las 100 cabezas del conocido mito griego, vigilante del Jardín de las Hespérides, contra quien Hércules se enfrentó en su undécimo trabajo para robarle las manzanas de oro y poder llevárselas al rey Euristeo, con la ayuda del dios Atlas, seguramente el viejo pico del Teide, a cuyas faldas vive desde hace milenios y el lugar de la isla donde se muestra más inmensamente bello.

Lo cierto es que el drago fue para los guanches un árbol tan sagrado como lo pudo ser para los atenienses el olivo. Y su edad sigue siendo un misterio, su mejor guardado

secreto. En el siglo pasado el geógrafo alemán Humboldt le calculó 7.000 años, mientras que un grupo de científicos suizos la redujo luego a 2.500. Sin embargo, los vecinos se han puesto de acuerdo en los 3.500 años. Oficialmente se le considera el árbol más viejo de España, como lo certifica un diploma expedido por los coordinadores del *Libro Guinness de los Records*, y que cuelga en una pared del Salón de Plenos del Ayuntamiento de Icod.

ÁRBOLES FECUNDADORES

Galicia es una tierra riquísima en tradición oral. Allí hemos encontrado numerosos casos de culto real a los árboles, especialmente robles, el árbol sagrado de los druidas celtas. De todos ellos el más interesante es el carballo de San Antonio, en la aldea coruñesa de Vilardofranco. Cuenta la leyenda que San Antonio pasó en peregrinación por estas alejadas tierras gallegas camino de Santiago de Compostela, que celebró misa en una pequeña ermita y que, durante la consagración, brotó milagrosamente de la misma mesa del altar un robusto roble. Se supone que con el tiempo el árbol acabó derribando la capilla, por lo que tuvo que hacerse otra a su lado ya dedicada al santo de Padua, junto a donde luego se levantaría el gran pazo del marqués de Atalaya. Todavía hoy, los vecinos de la comarca consideran a este viejo carballo como la representación vegetal de su patrono, y a él acuden cada vez que necesitan de su ayuda sobrenatural. Todo lo concede, pero su especialidad son las bodas



y los bautizos. Así lo asegura Elisa Cambón, una ferviente devota de San Antonio y de su árbol:

“Se tiran siete piedras dentro de un hueco del tronco y San Antonio te da lo que le pidas. Si estás soltera un marido, y si casada un hijo. Nunca falla.”

Puede parecer complicado, pues el agujero se encuentra a unos cuatro metros de altura, pero la tradición da facilidades a los lanzadores. Está permitido hacer todos los intentos que se quieran hasta conseguir encestar las siete piedras milagrosas. La única dificultad estriba en encontrar suficientes piedras en la zona, pues la mayoría llenan el árbol.

Desde antiguo el roble ha representado la fuerza fecundadora. El hecho de “introducirle” siete piedras, el número mágico por excelencia, tiene además claras connotaciones sexuales. Y como dios hay que venerarle. Una deificación que ratifica Avelino Seoane, de 78 años:

“Siempre oí a los viejos que este árbol no podía nunca cortarse, ni tan siquiera podar, pues sangraría como si fuera un animal.”

Esta leyenda estuvo muy extendida en Europa, pues incluso Calderón y Schiller hablan de árboles semidivinos que sangran. Incluso se añade que si alguien hace mal a algunos de estos venerados ejemplares, el arboricida paga con su vida el sacrilegio o es receptor de grandes desgracias.

En otros casos, el espíritu del árbol bendice a las mujeres con hijos, ya sea comiendo directamente sus frutos o abrazando su tronco¹². La costumbre europea de poner una rama verde en la ventana de las mujeres amadas debió de originarse precisamente en ese supuesto poder fertilizador del espíritu del árbol.

En Madrid los enamorados tienen en una encina milenaria la respuesta a sus dudas. Está en la localidad de Ambite, junto a un gran palacio. Allí, Antonio Izquierdo (de 87 años) nos relató de esta manera la leyenda:

“En la Edad Media habitaba la casa [otra anterior al actual palacio] un caballero que tuvo que partir a la guerra contra los moros y dejó aquí a su prometida, una cría que servía en ella. Todas las tardes salía a la encina, se sentaba en uno de sus tres troncos, y empezaba a hablarle y a llorar por él. Así durante años, pues su novio no volvió. Y

tanto lloró la moza, que donde se sentaba empezaron a salir las bellotas amargas, mientras en el resto del árbol seguían siendo dulces.”

Mezcladas en el suelo, la tradición afirma que la felicidad de los casados depende del sabor de estos frutos. Probados el día de la boda, si la bellota elegida es dulce serán felices, pero si sale amarga, también lo será su futuro.

ÁRBOLES PROTECTORES

En Toscana existe una antigua leyenda referida a la huida a Egipto de la Virgen y su hijo que dice así:

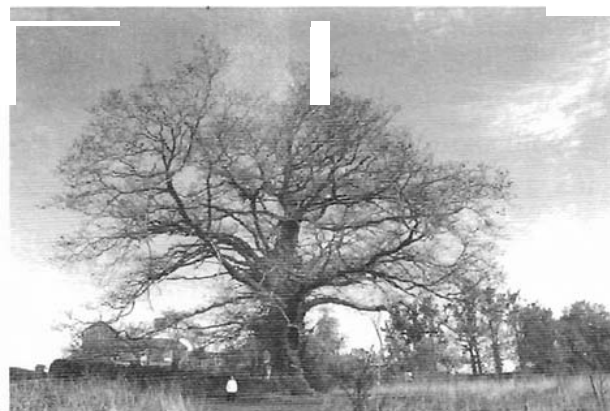
“Huía la Madona con el Niño Jesús, perseguida por los soldados del rey Herodes. Mientras andaba, la retama y los garbanzos crujían, y con aquel ruido iban a delatarles. El lino se erizó. Dichosamente para ella, la Madona llegó cerca de un enebro. Entonces la hospitalaria planta abrió sus ramas a guisa de brazos y se cerró sobre ella, ocultando así a la Virgen con el Niño. Entonces la Virgen lanzó su maldición a la retama y a los garbanzos, que desde aquel día maldito crujen siempre; perdonó su debilidad al lino y dio su bendición al enebro, que se ve, por consiguiente, suspendido en casi todos los establos italianos el día de Navidad.”¹³

Sorprendentemente hemos encontrado una leyenda parecida en Granada, que en esta ocasión la beneficiaria de la ayuda vegetal no fue la Virgen sino directamente la reina Isabel la Católica. Así nos lo relató hace tres años Eloy Molina, jardinero de un centenario laurel conservado en La Zubia, localidad cercana a la capital granadina, al que se

relaciona directamente con los referidos hechos sobrenaturales:

“Cuenta la historia que vino aquí la reina Isabel la Católica, como de visita, acompañada por 40 caballeros. Se ve que los moros se alertaron y comenzaron a perseguirles. Entonces la Reina llegó a esta huerta y se escondió bajo este laurel. Para que no la vieran. Para poder salvarse. También me contaron mis abuelos que cuando entró la Reina con su caballo, los laureles se doblaron solos para taparla mejor, pero eso ya me parece mucha mitología.”

Otro vecino, Diego Molina, añade la creencia de que, para despistarles, Isabel puso las herraduras al revés para que, de esta forma, pensarán que iba en dirección contraria¹⁴.



Según la leyenda, tal suceso ocurrió durante el sitio de Granada, exactamente el día de San Luis, patrono a quien se encomendó la reina Isabel, y en cuyo honor mandó construir en este mismo lugar una iglesia dedicada al santo francés, precisamente un rey cruzado, terror de los musulmanes. Para confusión de los incrédulos, ahí está todavía el gran laurel y la bella iglesia de San Luis el Real, luego convento franciscano, erigida en 1500 y más

tarde renovada en 1760 por Carlos III. Los escudos de Isabel y Fernando, tanto en el exterior como en el interior, son buena prueba de la protección real dada al templo por los católicos monarcas. Tampoco parece casualidad que el árbol salvador sea en este caso un laurel, símbolo de la gloria y, por consiguiente, de la victoria.

Existe otro árbol relacionado con la familia católica. Es el conocido en Pepino (Toledo) como “la encina de doña Germana”. Situada en una gran dehesa, esta finca pertenecía a finales del siglo XV a la Corona española, siendo visitada en alguna ocasión por doña Germana de Foix, segunda mujer de Fernando el Católico. Entonces ya era la encina más grande de toda la zona, abierta sobre tres grandes pies nacidos casi a ras del suelo, de los que uno de ellos, el central, debió secarse hace un siglo. Y según nos confirmó una vecina, asegura la tradición que sus sirvientes:

“...la ponían un columpio en las ramas y allí se sentaba a columpiarse, le gustaba mucho.”

LA HIGUERA VENGADORA

La higuera es el típico ejemplo de árbol maldito. Una vieja tradición asegura que en ella se ahorcó Judas y por ello fue maldecida por Jesucristo, lo que explicaría que sean tan retorcidas y su madera no produzca llama, tan sólo humo. Sus frutos tienen una connotación erótica, sus hojas fueron el primer vestido de Adán y Eva, y para los griegos era la protectora de los casamientos.

La higuera más famosa de España en cuanto a tradición oral, a pesar de su insignificante aspecto actual, apenas un arbusto colgado de una gran roca, es la higuera del Meco en O Grove (Pontevedra). En esa localidad no hay más que preguntar a sus vecinos: “¿Quién mató al Meco?”, para que invariablemente a uno le respondan: “Matámoslo todos”. Francisco Fernández (85 años) nos contó así la historia:

“El Meco era un cura y también el noble del pueblo. Las primeras noches de las casadas eran siempre para él. Le gustaba jugar a la brisca en una taberna mientras bebía vino. En una ocasión, su compañero de juego discutió con él y le partió una jarra en la cabeza. No se sabe si ya estaba muerto, pero al verlo así las mujeres lo llevaron a la Sidarellã, que es el monte más alto, y lo colgaron de una higuera.”

Frente a los justicias, cual Fuenteovejuna gallego, todos los vecinos se declararon culpables del crimen, lo que al final impidió el castigo. Como lugar exacto de su ejecución, desde hace siglos se señala una retorcida higuera a la que la sangre del lujurioso y violento sacerdote sigue tiñendo todavía hoy de rojo sus dulces higos. La misma que en 1789 visitara el sabio benedictino fray Martín Sarmiento, base del estudio que publicó para intentar acabar con las chanzas que ya entonces sufrían todos los gallegos como él por parte de los castellanos. Continuas bromas pues se les acusaba de haber perdonado al Meco, a pesar de haber sido el violador de sus mujeres. En su obra, Sarmiento decidirá investigar el tema:

“...para tapan la boca y retrucar a los polaindos páparos [paletos], y aún a los pelucones [cortesanos]

idiotas, que chasquean a los gallegos sin saber lo que dicen.”

En su opinión, la historia había sido un invento de los moros, que odiaban a los gallegos por no haber aceptado nunca en sus tierras a los mecos, los que iban en peregrinación a La Meca, celosos por lo tanto de su entonces envidiable condición de “cristianos viejos”.

EL ROBLE DEL VINO

Los estonios tenían antiguos árboles tutelares de cada familia, venerados por su tamaño y antigüedad, cuyas raíces solían regarse con la sangre de todo animal sacrificado para consumo doméstico, pues pensaban que así prosperaría su ganado¹⁵. Nuevamente es en Galicia donde encontramos un ejemplo de este antiguo culto a los árboles. Se le conoce como “el carballo do viño” y se trata de un robusto roble con más de 600 años de edad localizado en la aldea de Pelete, en Pontevedra. Es tan grande que se necesitan siete hombres para poder abrazar su tronco. Está junto a la conocida como “Casa de la Santa”, en realidad ermita de la Virgen de los Remedios, en cuyo honor se organiza una gran romería entre el 7 y el 9 de septiembre. Esos días se consumen más de 10.000 litros de vino tinto de Ribeiro criados en el pueblo para la ocasión, pero siempre el primer jarro es para el roble, acto que marca oficialmente el principio de la fiesta. Así nos lo explicaba Adela Chafeiro, una de las vecinas de Pelete:

“El vino se encuba con la luna bella [llena] de enero para que se conserve bien. Las pipas [cubas]



se abren el día siete, nada más terminar la misa de los cofrades, pero la primera jarra que se saca es siempre para el carballo. Luego viene el churrasco, el pulpo y la verbena.”

Un enrojecido hueco en su tronco es el lugar donde tradicionalmente el párroco hace las libaciones, a modo de antigua ofrenda a la deidad arbórea personificada en este gigantesco roble. Es la fiesta del vino.

ÁRBOLES SANADORES

Otro roble mágico, también gallego y también cercano al Camino de Santiago, es el de la ermita de Santa Columba, en Sobrado de los Monxes, A Coruña. Se distingue de los otros a su alrededor por tener una cruz tallada en su tronco y un pilón de piedra a sus pies. Se conoce como el carballo “de As Pías”. Nuestra informante, Pilar Sánchez, nos explicó que la cruz la hizo una señora que tenía un hijo enfermo de las piernas:

“A medida que el árbol va cerrando la cruz va mejorando el hijo, y ahora ya puede andar.”

Son muchos los enfermos que sanan junto a este árbol. Para ello deben ponerse en pie

sobre el pilón o “pía” previamente llena de agua, y desde allí dar nueve vueltas al roble, dándole un beso en el tronco a cada vuelta. Asegura Pilar que:

“Eso cura a la gente que tiene males de reuma en las piernas.”

Y respecto al pilón, aunque aparentemente no parece ser una pieza excesivamente pesada, se dice que hace muchos siglos unos malvados intentaron llevárselo, pero a pesar de usar cuatro robustos bueyes, no fueron capaces de moverlo del sitio.

Otra mujer de la zona, Carmen Casanova, nos explicó que las aguas de la fuente de esta ermita son también muy buenas para quitar las verrugas y cualquier enfermedad de la piel. Por eso es tradición entre los romeros lavarse la cara y las manos en esa fuente milagrosa. Allí acuden el domingo antes del lunes de Pentecostés. Ya lo dice el dicho:

“De la Ascensión a las Pías van diez días.”

Árbol bendito y agua purificadora, una interesante relación mágica de la que hemos encontrado más casos.

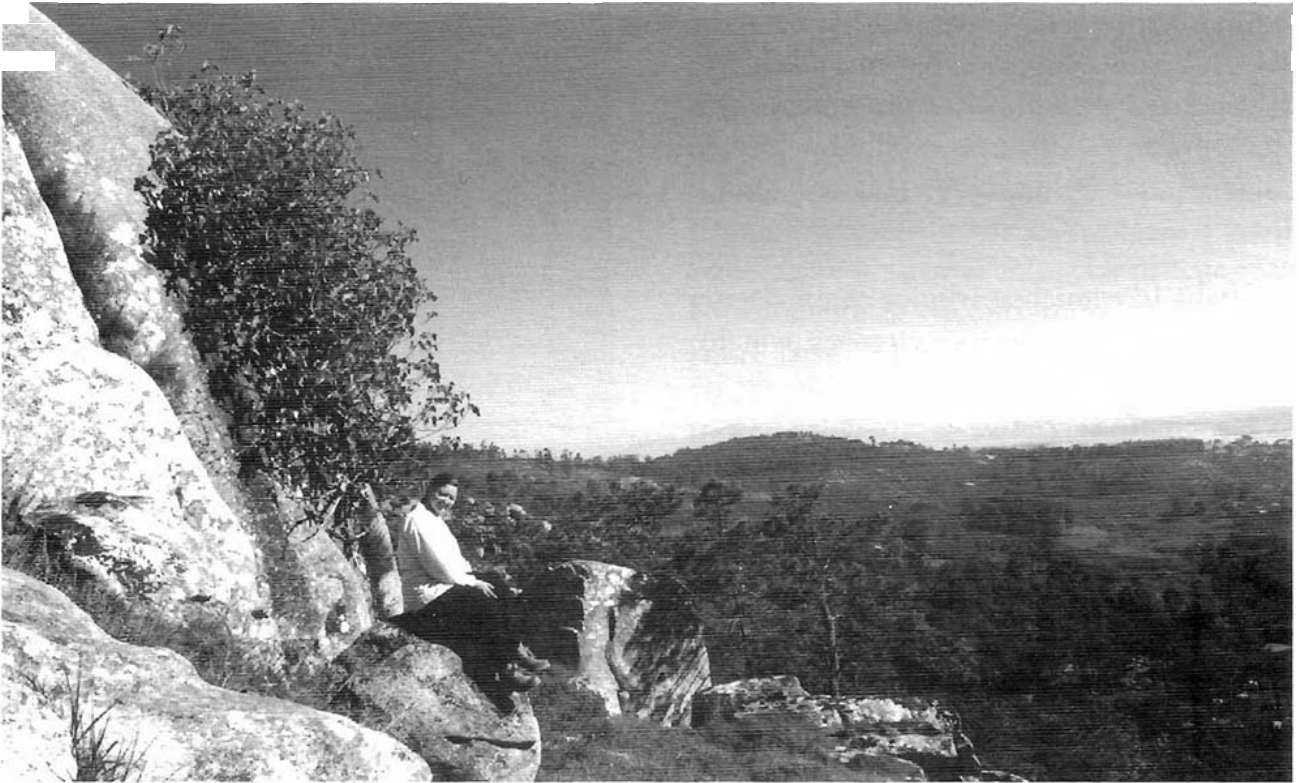
En la misma ciudad de Pontevedra hay un roble centenario al que en el siglo XVIII se le asignaban ya más de 600 años, con una fuente a sus pies que también tenía propiedades curativas. Era la fuente “dos gafos” (los leprosos), a donde desde época medieval acudían estos enfermos en busca de su curación, que incomprensiblemente una reciente ampliación de la cercana carretera ha destruido. Pero se mantiene en pie el árbol, conocido por el nombre de carballo “de Santa Margarita” por la ermita a la que da

sombra. Una ley no escrita prohíbe golpearle con acero, hasta el extremo de que si una rama se cae no puede retirarse, bajo amenaza de grandes desgracias a quien ose hacerlo. Ser quasidivino, es tradición entre los pontevedreses que los novios que se sientan bajo su nombre se casan y el matrimonio será de por vida¹⁶. Tangible ejemplo de árbol fecundador, no es de extrañar que todavía las mujeres sin hijos se encomienden en la capilla levantada junto al roble a Santa Margarita, cuyo culto parece ser depositario de estos antiquísimos ritos surgidos alrededor del gigante vegetal.

ÁRBOLES TEMPLO

A las afueras de la localidad riojana de Pedroso existe un gran roble quejigo en cuyo tronco presenta un hueco donde la devoción popular ha instalado un pequeño altar dedicado a la patrona de la localidad, Nuestra Señora del Patrocinio. Unas flores de plástico adornan su estampa y una reja metálica la protege. Tanto a Santos Domínguez (de 78 años) como a Miguel Villarreal (de 55), sus respectivas madres les señalaron siempre este árbol como el lugar donde se había aparecido la Virgen, y donde debían rezar alguna oración siempre que pasaran junto a él, o dejar algunas perras en una pequeña hucha igualmente incrustada en la madera, hace ya muchas décadas absorbida por el propio árbol.

Sin embargo, poco se sabe en el pueblo de esta aparición, como no sea la popular cancioncilla que dice:



La Virgen del Patrocinio
ni es comprada ni es vendida,
que es bajada del cielo
y en el roble aparecida.

A sus 93 años, Mercedes Viniegra recordaba todavía las muchas veces en que esta advocación mariana les salvó de la ruina:

“Cuando faltaba agua en los campos se la sacaba en procesión desde la ermita hasta su roble, y antes de volver ya estaba lloviendo.”

Virgen dominadora de los elementos, las grandes tormentas siempre han respetado su árbol, aunque no así las ramas, varias veces arrancadas por los rayos.

Pero no es el de Pedroso el único árbol de la Virgen que se puede ver en La Rioja. La de Valvanera, patrona de la región, fue

encontrada, según la tradición, por un bandido arrepentido de nombre Nuño, dentro de un gran roble sobre el que luego se levantaría el famoso monasterio. Quizás por eso, en Baradán, Cárdenas y Cañas pueden verse igualmente varias imágenes de la Virgen de Valvanera incrustadas en los huecos de viejos robles. En este último lugar Vicente Angulo (de 88 años) nos informó que todos los años también se bendecían desde ese árbol los campos. En Castrovín se asegura que cuando unos leñadores fueron a cortar una encina escucharon desde dentro una quejigosa voz que les decía:

“No cortes tan bajo, corta más alto que me vas a dar un tajo,”

pues dentro apareció la imagen llamada luego por eso de la Virgen del Tajo. Y como no

podía faltar en la tierra del vino, en Baños de Río Tobía se apareció la patrona sobre una parra. Unas tradiciones todas éstas que sin duda deben relacionarse con creencias que rememoran religiones prerromanas, naturalistas y mágicas.

En Italia hay muchos árboles con imágenes en su tronco, casi siempre vírgenes, e incluso capillas dentro de ellos, a modo de árboles templo sagrados. También las hay en Galicia, la más moderna de todas ellas levantada en la localidad lucense de Baamonde, donde el artista local Víctor Corral recondicionó en 1971 como ermita para la Virgen del Rosario el interior de un gigantesco castaño.

En Colunga (Asturias) se encuentra “El castaño de la Espina”, cuatro grandes troncos que a modo de capilla al aire libre rodean a una imagen de la Virgen, pues se dice que en ese árbol se apareció la Virgen de Loreto. También hace las veces de árbol mojón, de tal manera que la tradición explica cómo los cuatro párrocos de la zona pueden jugar a la brisca en el árbol sin salirse de su parroquia, pues marca la divisoria de cuatro concejos diferentes¹⁷.

El caso más interesante de todos los que conocemos es el del santuario de la Virgen de Arceniega, en Álava, consagrado hace ahora 500 años, los mismos que como mínimo tiene la monumental encina que prácticamente oculta su fachada. Aquí, la veneración mariana se mezcla con un sorprendente culto al árbol, representación vegetal de la Madre de Dios.

Rosa Mari, a sus 50 años, mantiene una inquebrantable fe en esta advocación, y no es para menos. Junto a un colegio de maristas, su casa es la única de la zona, situada frente al adehesado robledal donde cada 8 de septiembre se celebra una gran romería. Nuestra informante nos relató:

“Tenía una herida muy mala, le recé y ahora sólo me ha quedado la cicatriz para que yo me acuerde siempre de la encina.”

Para ella, como para tantos otros, el árbol es la Virgen. En una ocasión, unos bueyes desbocados iban a atropellar a su hermano recién nacido. La madre, aterrorizada, pidió ayuda a su patrona “y los bueyes se pararon en seco a un palmo del niño”, afirma esta mujer.

Agustín Terreros es el monaguillo de la ermita desde 1954. Ahora tiene 77 años, pero sigue acudiendo diariamente a su trabajo. Es él quien cada 30 de agosto cubre el altar con ramas de encina, que invariablemente intentan llevarse sus devotos como reliquia. Asegura convencido:

“Antes se arrancaban del árbol, pero como ahora ya no llegan, las cogen del trono. Si les dejase lo dejarían pelado.”

En opinión del investigador Pello Iraizoz, este tipo de costumbrismo arbóreo debe de ser una práctica superviviente de la antigua religión vasca naturalista, animista y matriarcal. De esta manera la Virgen sería la cristianización de “Mari”, el numen principal de la mitología euskalduna, que tenía la propiedad de transfigurarse en árbol¹⁸.



Cuenta la leyenda que la Virgen se apareció milagrosamente a una pastorcilla sobre una encina, justo en el límite de las jurisdicciones de Arceniega y Ayala. Nos explicó Agustín Terreros:

“Querían hacerle una ermita, pero discutían por ver en qué lado lo iban a hacer. [...] Tenían unas riñas y unas peleas impresionantes.”

Ganaron los de Ayala, pero como no era cierto, los materiales que amontonaban en su lado por la tarde, a la mañana siguiente aparecían milagrosamente en el de Arceniega, quedando de esta manera patente cuál era la voluntad de la Virgen.

LOS MORALES SAGRADOS

Los morales están íntimamente unidos a las iglesias castellano leonesas, en una concomitancia que debe relacionarse estrechamente con el sentimiento de sacralidad dado antiguamente a estos árboles. La prueba más contundente la encontramos en un relato sobre la milagrosa vida de San Vitores. Ya las hagiografías más antiguas explican cómo durante la invasión sarracena, al cortarles la cabeza los moros a este santo en la localidad burgalesa de Quintanilla de las Dueñas, cerca de Cerezo de Río Tirón, de cada gota de sangre suya caída al suelo brotó un moral, dándose durante siglos a estos ejemplares importantes poderes curativos¹⁹. Todavía hoy estos árboles siguen vivos en el mismo lugar, a pesar de que el pueblo ha quedado abandonado.

Igualmente, son varios los ejemplos recogidos en España de vírgenes aparecidas sobre morales. En la ermita de San Bartolomé de Rocaforta, en Sangüesa (Navarra), se piensa que cuando San Francisco de Asís peregrinó a Santiago de Compostela e hizo allí su primera jornada de descanso, clavó su báculo en una roca y de él salió un frondoso moral. Durante siglos se consideró que sus hojas curaban las llagas –una gran ayuda para los jacobitas–, mientras que un trozo de su madera colgado en una bolsa del cuello de los niños era remedio seguro contra los miedos infantiles²⁰.

En el caso de Burgos, los habitantes de la localidad de Villoviado aseguran que los collares hechos con ramitas de estos árboles lo

que quitan a los niños son las lombrices. E incluso afirman que el milenario moral de su iglesia es uno de los surgidos de la sangre de San Vitores, el patrón de la parroquia, que en una época remota fue arrancado del lugar del martirio y plantado en el suelo sagrado de su templo.

En otro sentido, existe un documento del siglo XVI donde un procurador de la Merindad de Montija, en el norte de Burgos, justifica una reacción antiseñorial de la zona:

“...porque ellos [los vecinos de Cuesta Urría y Valdivielso] fueron los que dijeron, levantaron y publicaron que habían hallado una epístola encima de un moral, que dicen que había caído del cielo, en la que dice que se contenía que las Comunidades, por tener justicia y razón [...] que habían de ser ayudadas y favorecidas de la mano de Dios contra los lobos robadores, y otras muchas cosas a favor de las Comunidades y contra los tiranos caballeros, llamándolos lobos robadores y tiranos.”²¹

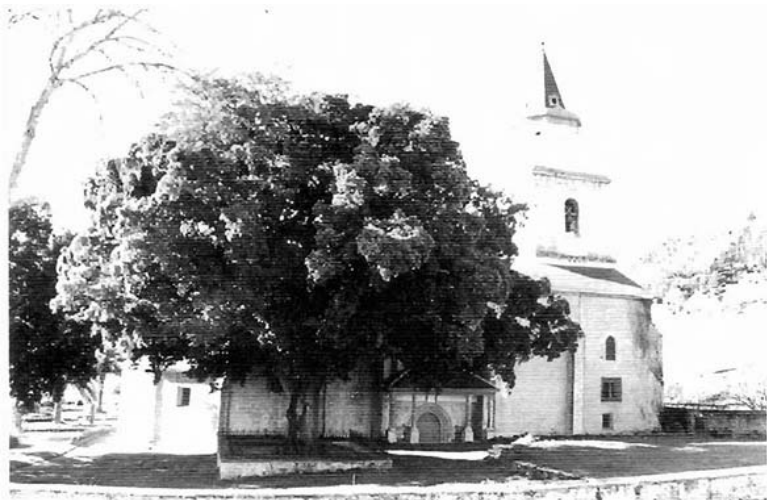
Nuevamente, el árbol aparece como receptor de beneficios divinos, incluso en este caso donde se trata de un aviso celestial contra los abusos de los grandes señores feudales.

Pero los beneficios también pueden ser crematísticos, de ser cierta la leyenda recogida en la localidad también burgalesa de Ciudad, basada nada menos que en el popular mito del vellocino de oro. El protagonista es el supuesto noble que mandó construir la torre fortificada conocida como el Castillo. Temeroso de sus enemigos, escondió un fabuloso tesoro de oro en el patio, plantando a su alrededor y como señales indicativas para no olvidar el lugar un pino, una higuera y un moral. No lo hemos podido comprobar, pero según parece, mientras los dos primeros árboles ya se han secado, el moral sigue vivo aunque muy estropeado, mostrando a quien conozca la leyenda el mítico lugar donde algún afortunado podrá encontrar abundantes riquezas.

Los morales más antiguos y monumentales de Castilla y León aparecen frente a las iglesias, dentro de su habitualmente delimitado recinto exterior, y casi siempre plantados a la derecha de su entrada principal. Esta costumbre solía coincidir con la ceremonia de consagración de los templos, tan extendida en toda Europa, fenómeno que explicaría la existencia de muchos de los árboles monumentales actualmente conservados junto a las iglesias. Igual que al llegar una obra al punto más alto de la construcción se colocaba una bandera o la rama de un árbol, debía ser frecuente la plantación de morales u olmos.

EL ESPINO DE LAS BRUJAS

En 1901, el burgalés Manuel Gallo recopiló la información aportada por un corresponsal



suyo, vecino de Sedano, sobre las costumbres más curiosas de los pueblos de la comarca. Lo hizo para la famosa encuesta promovida en toda España por el Ateneo de Madrid, y en ella aporta el siguiente relato:

“Un pueblo inmediato a esta villa llamado Cernégula es conocido por el pueblo de las brujas, y en él se conserva una venerable torre y un célebre espino, donde dicen se reunían en tiempos pasados, para esparcirse luego montadas en escobas por la comarca; torre y espino que son mirados con terrorífico respeto.”²²

La verdad es que a los habitantes de este pequeño pueblo, en un tiempo no determinado y por razones igualmente desconocidas les cayó el sambenito de ser el pueblo de las brujas, de tener laguna y espino, de ser lugar de aquelarres. Y las que peor parte llevaron fueron siempre las mujeres. Así nos lo reconocía un vecino de Sedano:

“Cuando llegaban a una fiesta nos decían nuestros padres: ‘no te acerques a ellas, que son brujas, que son del pueblo de las brujas’, y se lo llamábamos, brujas, más que brujas.”

Por eso no es de extrañar la reacción de algunas de ellas, hartas de tanta murmuración. Exabruptos como el que conoce Emilia Martínez, vecina de Huidobro:

“Decían: ‘Oye, ésta es de Cernégula, del espino seco’. Pues no había más que un espino y estaba seco. ¿Y sabes lo que contestaban ellas? ‘Que desde que lo meó el coño de tu madre no ha vuelto a echar ni flor ni fruto’. Como eran del pueblo de las brujas, se las decía como que eran brujas.”

El lugar señalado por la tradición para los mágicos “sabbats” ha sido siempre un gran

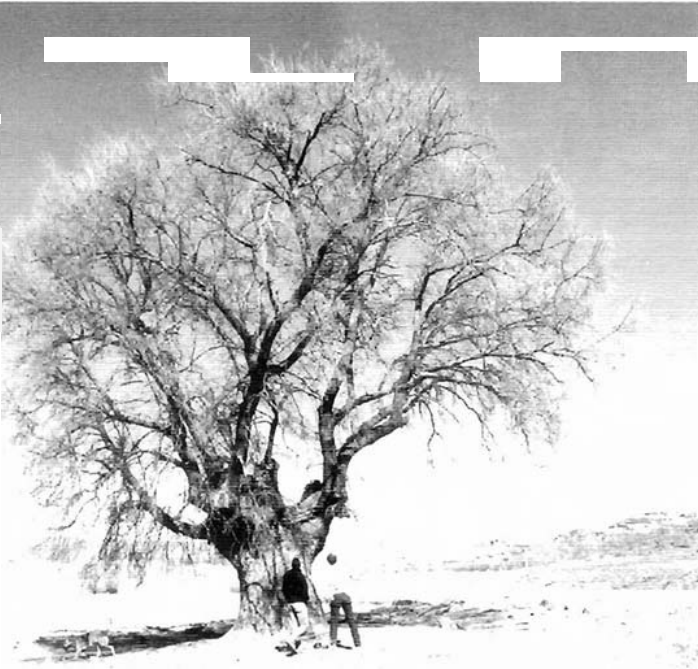


espino blanco, un majuelo (*Crataegus monogyna*). Pero por estar situado en una pradera cercana a la charca, al final ésta ha terminado arrebatando el protagonismo al arbusto. Una vecina de esta localidad, de unos 60 años de edad, nos aportó varios datos sobre él:

“Siempre decían que se reunían allí las brujas, junto al espino. Era un árbol bastante grande. Hace unos 40 años le cortaron, pues molestaba para labrar la tierra, pero ha vuelto a rebrotar en el mismo sitio.”

Pura Fernández también nació en esta localidad hace 73 años. Y aunque luego se fue a vivir a Peñahorada, conoció el espino y sus leyendas:

“Era uno muy grande que estaba en un pradito junto al pozo de la laguna, cerca de otros. Decían que las brujas venían de muchos sitios a ese espino, y que allí se reunían para ver a dónde la iban a liar. No sé cómo llegaban, que yo no lo he visto, sólo lo que he oído. Era a las doce de la noche²³, y ahí se ponían ellas, al lado del espino, a hacer cosas y jaleos que tenían. Eso sí que lo decía mi tío. Y mi madre, claro, que se lo habrían contado a mi madre sus padres, y los padres eran de aquí.”



Un grupo de niños de Cernégula, de unos 10 años de edad, nos ha aportado una nueva versión de la leyenda, quizás producto de la imaginación infantil, o quizás oída a algún abuelo. De todas formas, la gente mayor por nosotros consultada dijo no conocerla. Comentaban:

“Que en las noches de luna llena, al reflejarse en el fondo de la laguna la sombra del famoso espino, puede verse entre su oscura silueta la casa de las brujas.”

Puede ser más una casualidad que un paralelismo, pero ya es paradoja que este arbusto fuera considerado entre los celtas la casa de las hadas y, curiosamente, en Cernégula se piensa que tienen en él su casa las brujas.

La leyenda de las brujas de Cernégula está extendida no sólo por todo Burgos, sino incluso por Asturias y Cantabria. Como recoge Juan G. Atienza:

“...las brujas asturianas se trasladaban –y en pocos minutos por cierto– a los Arenales de Sevilla. Las de la Montaña iban a Cernégula o a Rentería (Guipúzcoa).”²⁴

Más adelante, el mismo autor añade una canción, de la que no cita su origen y nosotros nunca hemos oído en Burgos:

Al llegar a Cernégula,
¡válgame el cielo!,
un diablo cornudo
bailó con ellas.²⁵

Desde la antigüedad el espino albar tuvo un aura mágica. Ignacio Abella ha recogido una serie de interesantes leyendas en torno a este arbusto. Por ejemplo, el espino que se cree hizo crecer y florecer José de Arimatea de su báculo, clavándolo en el suelo cuando predicaba en Somerset, Inglaterra, la víspera de la primera Navidad. Este ejemplar, localizado en la aldea de Glastonbury, fue muy venerado hasta el siglo XVII. Y en Irlanda, la destrucción de tales arbustos se consideraba que provocaba la muerte de los hijos y del ganado de quien lo había hecho. Más cerca, en Somiedo (Asturias), se cree que el espino absorbe el veneno que pueda tener una víbora cobijada en su sombra y, por ello, morder una espina puede acarrear la muerte. Por el contrario, el escritor alemán Goethe confesaba que colocaba una ramita suya bajo la almohada y su presencia le producía maravillosos sueños²⁶.

Robert Graves habla de un gran arbusto en Irlanda, conocido como “El espino de San Patricio”, al que acudían los devotos el 4 de mayo, daban varias vueltas alrededor del pozo que crecía a sus pies, y colgaban de él

jirones arrancados de sus ropas para conseguir la intercesión del santo²⁷. Será otra casualidad, pero el espino de Cernégula también crece junto a un pozo.

Sus rojos frutos son comestibles y medicinales. Además, su extracto es un benéfico tónico cardiaco. Vecinos de Cernégula nos reconocieron que de niños los comían “a pesar de que no era una cosa muy apetitosa que digamos”. Pero su madera nunca tuvo una utilidad expresa, ni siquiera como leña para avivar la gloria. La razón, quizás, esté en otras creencias referidas al espino albar. Como explica Emilia Martínez, de Huidobro:

“...nunca le caen rayos, por eso cuando había tormenta nos metíamos debajo. Decían que estaba bendito porque la Virgen había colgado su manto en uno de ellos.”

La misma tradición existe en el País Vasco, región con la que culturalmente Burgos tiene muchos puntos en común. Allí se dice que lo que tendía la Virgen en un espino eran los pañales del Niño Jesús, y por eso estaba bendito y conjuraba la centella. Otras creencias daban la misma virtud a sus espigas, de tal forma que con llevar una de ellas clavada en la boina no había peligro de caer fulminado por el rayo. También por eso una rama, puesta sobre la puerta de las casas el día de San Juan, espantaba a los rayos y a los demonios. La razón argüida era la de que con un espino se había hecho la corona de espigas de Jesucristo²⁸.

Arbusto sagrado, son muchos los santuarios marianos de Castilla y León donde la Virgen se ha aparecido sobre un majuelo, como

los sorianos de la Virgen del Espino en la capital y del Burgo de Osma, el burgalés de Santa Gadea del Cid o el abulense de Hoyos del Espino, aunque el más famoso de todos ellos es sin duda el guipuzcoano de la Virgen de Aránzazu.

NOTAS

¹ Respecto a las diferentes manifestaciones del “palo mayo”, cfr. FRAZER, J. G.: *La rama dorada. Magia y religión*. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1981, pp. 154-159. CARRIL RAMOS, A.: “Del árbol y la tradición”. *Actas de las Segundas y Terceras Jornadas sobre Madrid tradicional. 1985 1986*. Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes. Madrid, 1988, pp. 75-79.

² DÍAZ VIANA, L. Y MARTÍNEZ LASECA, J. M.: “*De hoy en un... año*”. *Ritos y tradiciones de Soria*. Diputación provincial de Soria. Soria, 1992, pp. 203-208.

³ MENDOZA, C.: *La leyenda de las plantas. Mitos, tradiciones, creencias y teorías relativos a los vegetales*. Establecimiento tipográfico Editorial de Ramón Molinas. Barcelona, S.A. Edición *Ad litteram*. Editorial Alta Fulla. Barcelona, 1997, pp. 91-93.

⁴ CARO BAROJA, J.: *Ritos y mitos equívocos*. Ediciones Istmo. Madrid, 1989, pp. 353-391.

⁵ *Diccionario enciclopédico del País Vasco*. Tomo I. San Sebastián, 1987, p. 278.

⁶ SÁNCHEZ DOMINGO, R.: *Las Merindades de Castilla Vieja y su Junta General*. Editorial La Olmeda. Burgos, 1994, pp. 88-89.

⁷ GUERRA GÓMEZ, M.: *Constantes religiosas, europeas y sotoscuevenses*. Burgos, 1973, pp. 467-474.

⁸ RUIZ VÉLEZ, I. ET AL.: *Leyendas y fiestas populares del norte de Burgos*. Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Burgos, 1988, p. 35.

- ⁹ SÁNCHEZ DOMINGO, R.: *Las Merindades...*, p. 160.
 THURNWALD, R.: *L'économie primitive*. París, 1939, p. 56.
- ¹⁰ DE LOS RÍOS Y RÍOS: *Noticia histórica de las behetrías, primitivas libertades castellanas, con una digresión sobre su posterior y también anticuada forma de fueros vascongados*. Madrid, 1876, p. 79. Citado por CARO BAROJA, J.: *Ritos y mitos equívocos*, p. 387.
- ¹¹ NÚÑEZ MÍNGUEZ, N.: *El ciprés de los poetas. Silos, mil años de lengua castellana*. Abadía de Silos. Burgos, 1978.
- ¹² FRAZER, J. G.: *La rama dorada*, pp. 152-154.
- ¹³ MENDOZA, C.: *La leyenda de las plantas*, pp. 11-12.
- ¹⁴ Esta leyenda de poner las herraduras del caballo al revés para despistar a los perseguidores está muy difundida en toda Europa. Además de este caso de Isabel la Católica, nosotros lo hemos recogido relacionado con el relato de la huida de la Virgen a Egipto, con la Serrana de la Vera y hasta con el Cura Merino, guerrillero español de principios del siglo XIX.
- ¹⁵ MENDOZA, C.: *La leyenda de las plantas*, pp. 22.
- ¹⁶ Directamente entroncada con esta tradición de poner a los robles como testigos en los compromisos matrimoniales, en la localidad asturiana de Somiedo se ha recogido la siguiente copla: "A la sombra de aquel roble / di palabra a una morena. / El roble será testigo / y ella será mi cadena". ABELLA, I.: *La magia de los árboles*. Integral. Barcelona, 1996, pp. 44.
- ¹⁷ Op. cit., p. 145.
- ¹⁸ IRAIZOZ, P.: "El simbolismo sagrado del árbol en la cultura vasca". *Sukil. Cuadernos de cultura tradicional*, nº 1 (1995), pp. 212-220.
- ¹⁹ GUTIÉRREZ DE CEREDO, A.: *Vida de San Vitores*. Fadrigue de Basilea. Burgos, 1487, Edición de Mauricio Pérez de Avellaneda. Junta de Castilla y León. Madrid, 1985.
- ²⁰ CALLEJO CABO, J.: *La historia oculta del mundo vegetal*. Aguilar. Madrid, 1996, p. 92.
- ²¹ Archivo General de Simancas. Consejo Real. Leg. 85, fol. 3 II, fols. 588-588 vº. Citado por SÁNCHEZ DOMINGO, R.: *Las Merindades...*, p. 47, nota 52.
- ²² FERNÁNDEZ DE MATA, I.: *De la vida, del amor y la muerte. Burgos y su provincia en la encuesta de 1901-1902 del Ateneo de Madrid*. Librería Berceo. Burgos, 1997, p. 51.
- ²³ Tradicionalmente, las doce de la noche ha sido siempre considerada como "la hora de las brujas", hora del comienzo de sus aquelarres o "sabbats". DONOVAN, F.: *Historia de la brujería*. Alianza Editorial. Madrid, 1978, p. 88.
- ²⁴ ATIENZA, J. G.: *Guía de las brujas en España*. Editorial Ariel, S.A. Barcelona, 1986, p. 55. El mismo autor más adelante, en la p. 68, afirma igualmente que "desde Peña Ubiña, punto de encuentro, saltaban a Cernégula o a los Arrabales". Y en la p. 264 cita la Cueva de Ongayo, en Suances (Cantabria), como el lugar de partida de las brujas montañesas antes de salir volando hacia Cernégula, lo mismo que ocurría en el Campo de Cansoles de Guardo (Palencia).
- ²⁵ Op. cit., p. 261.
- ²⁶ ABELLA, I.: *La magia...*, p. 148.
- ²⁷ GRAVES, R.: *La diosa blanca*. Alianza Editorial. Madrid, 1998.
- ²⁸ GARMENDIA LARRAÑAGA, J.: *Ritos del solsticio de verano*. Tomo I. Editorial Kriselu, S.A. San Sebastián, 1987. IRAIZOZ, P.: "El simbolismo sagrado...", p. 214.